



Paz y Bien



XXVII Domingo durante el año.
8-X-2006

Textos:

Gen.: 2,4b.7^a.18-24.

Heb.: 2,9-11.

Mc.: 10,2-16.

“Llegaron a ser una sola carne”. “Y los creó varón y mujer”.

Iluminados por la Palabra de Dios, que es lámpara en nuestro camino, no podemos negar que esta “hora” que nos toca vivir, es grande y desafiante, “hora” que también genera preocupación, especialmente por el acuciante clima de confusión que empaña “el esplendor de la verdad” (Juan Pablo II).

Hermanos, el hombre es un ser hambriento de la verdad que lo hace libre pues “el deseo de verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre” (Fides et Ratio 3), “Y este deseo lo ha puesto Dios en el corazón del hombre (...), en definitiva, de conocerlo a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo” (id., Int).

El hombre es la única criatura del mundo material capaz de develar la verdad de lo creado, la verdad sobre sí mismo, capaz de autoconciencia, capaz de interrogarse sobre su propia existencia.

Dios puso este apetito en el corazón del hombre de todos los tiempos, así encontramos en la antigüedad la exhortación “Conócete a ti mismo”, esculpida sobre el dintel del templo de Delfos en la antigua Grecia, para testimoniar una verdad fundamental que debe ser asumida como la regla mínima por todo hombre deseoso de distinguirse, en medio de toda la creación, calificándose como “hombre” precisamente en cuanto “conocedor de sí mismo” (Cof. E et R. 1).

La causa de la confusión imperante acerca de la verdad sobre el hombre y la mujer, está en la negación del principio filosófico de la naturaleza humana, y primariamente del concepto de “naturaleza” como algo dado que no se puede cambiar y por la que se define la esencia de los seres; la confusión se genera también cuando se desplaza el uso de la razón por la intensidad de los sentimientos y deseos. (Ej.: Cuando un hombre dice: “Yo me siento mujer y deben operarme”).

La primera causa de esta situación es haberse declarado autónomo de Dios, es decir, “capaz y autorizado para fijar las leyes de su propia vida, lo que conlleva al mismo tiempo la pretensión de poder entenderse a partir de sí mismo. Esta postura conduce cada vez más decididamente a convertir al hombre en algo absoluto” (R. Guardini, “Quien sabe de Dios conoce al hombre”).

En verdad los artistas tienen el don de expresar de un modo profundo y bello la verdad, la relación que funda la verdad sobre el hombre, la expresa magníficamente Miguel Ángel en su fresco de “La creación del hombre” en la Capilla Sixtina, basta centrar la mirada en la mano de Dios y la del hombre; en la primera queda claro que es la fuente de la vida, y la segunda expresa al que recibe el don de la vida y también de su identidad: “creado a imagen y semejanza de Dios” (Gen. 1,27).

El hombre, al desconocer esta verdad y abandonar a Dios, se vuelve incomprensible para sí mismo. Sólo se entiende a sí mismo cuando se entiende a partir de Dios (Cof. Guardini, id.).

Por el pecado, el hombre creyó y cree llegar a la auténtica verdad, pero el fruto no es otro el olvido de quien es él.

En definitiva el hombre no puede “olvidar el nombre de Dios viviente y seguir manteniendo el propio nombre, el propio sentido de la vida y la propia trayectoria vital” (R. Guardini, id.).

Esta es la raíz última de la confusión que hoy lleva a muchos a afirmar que la persona humana es una partícula del universo en igualdad de condiciones con un animal o un vegetal, incapaz de conocer cualquier realidad que no sea material. No es el centro de la creación, y constituido en administrador prudente de Dios (Cof. J. C. Sanahuja: “Carta de la Tierra”).

Contrariamente a estas afirmaciones, “el mundo creado adquiere su verdadero significado en el hombre y por el hombre” (Juan Pablo II: Audiencia General, 19-VIII-98)

El Génesis, hace una significativa afirmación sobre la relación del hombre frente a lo creado, “Cuando el Señor Dios hizo el cielo y la tierra, modeló al hombre con arcilla del suelo, y dijo: «No es conveniente que el hombre esté solo...»” (Gen. 2,4b), y el hombre está solo porque es «diferente» del mundo visible, del mundo de los seres vivientes. Al analizar este texto, somos testigos, en cierto sentido, de cómo el hombre «se distingue» frente a Dios de todo el mundo de los seres vivientes (animalia) con el primer acto de autoconciencia, y de cómo, por lo tanto, se revela a sí mismo y, a la vez, se afirma en el mundo visible como «persona»” (Juan Pablo II, Catequesis, 14-X-1979).

El relato del Génesis nos ayuda a comprender que, el hombre sólo “remontándose hasta Dios, encuentra su verdad. Experimentando la interioridad de Dios, capta su propia interioridad. Entreviendo la grandeza de Dios, es conciente de su propia grandeza” (Guardini: Op. Cit.).

Hermanos, sólo desde la razón iluminada por la Fe, podremos evitar el daño que ciertas ideologías están sembrando entre nosotros. Una de ellas trata de imponer un nuevo concepto para definir nuestra naturaleza humana empleando el término “Género” para hablar de nuestra identidad sexual, al afirmar: “La identidad de género es la convicción personal, íntima y profunda de que se pertenece a uno u otro sexo en un sentido que va más allá de las características cromosomáticas y somáticas propias” (Sarahuja, Op. Cit.), en otras palabras, las naturales diferencias sexuales no determinan la identidad de las personas como hombres o mujeres, en definitiva: el sexo de una persona es determinado por la naturaleza, pero su género lo elabora la sociedad.

Hermanos, todo esto foggonea la confusión, y se niega, como dijimos, el mismo concepto de naturaleza, como algo dado; el Génesis y el Evangelio nos hablan de un orden que no es una ley positiva, cambiante, sino algo que está escrito en la naturaleza del hombre y de la mujer, pues “Dios los hizo varón y mujer” y esta naturaleza es a la vez e inseparablemente corporal y espiritual. Esto es muy importante de tener en cuenta en todo proyecto de educación sexual para nuestras escuelas.

El segundo punto de nuestra meditación surge del sentido profundo de la imagen ingenua y poética del Génesis y de las palabras de Jesús en el evangelio: el hombre y la mujer son ya desde los orígenes una sola carne, a diferencia de todos los demás seres inferiores, de modo que su unirse y su “ser una sola carne” corresponde a su esencia más personal e intransferible. El hombre domina a los animales, pero en la mujer se reconoce a sí mismo: “¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!”, en ella encuentra su tú.

Hoy más que nunca debemos defender esta verdad que surge de nuestra naturaleza, hoy más que nunca la Iglesia debe ejercer “la diaconía de la verdad” (F. et R2) que la obliga a responsabilizarse del anuncio de las certezas adquiridas “para que la nueva cultura que está emergiendo sea íntimamente evangelizada, se reconozcan los verdaderos valores, se defiendan los derechos del hombre y de la mujer” (Famili Consor. 8); y de la familia. Frente al ocultamiento de la verdad y la confusión reinante, nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de la sabiduría que brota de la Palabra de Dios y el destino futuro del hombre, de la familia y del mundo corren peligro si no se forman hombres en esta sabiduría (Cof. G S 15).

Hermanos, se intenta cambiar el paradigma de hombres y mujeres, también de familia de la que habría distintos modelos; se intenta cambiar la misma naturaleza de nuestra vida sexual, “proponiendo un máximo de placer con un mínimo de compromiso” (J. Pipper: “El amor”).

Por último la Palabra de Dios nos confirma una verdad evidente: “toda persona es hombre o mujer. Y esta diferencia y reciprocidad -que no es sólo biológica sino también afectiva y psicológica- alcanzan a lo más profundo del corazón y al mismo modo de vivir y expresar el amor” (L’ Oss Rom. Nº 2. 14-I-2005). Les recomiendo, ante tema tan delicado, leer las palabras de San Pablo en la Carta a los Romanos: 1,18-32.

Frente al error y a la mentira, no nos acobardemos, la verdad sobre el hombre y la mujer, la verdad sobre el matrimonio es la misma “desde el principio”, seamos fieles a esta verdad, anunciemos la verdad del matrimonio vivido como comunión indisoluble.

Terminemos con las palabras de aliento de Juan Pablo II a los matrimonios: “... alabo y aliento a las numerosas parejas que, aun encontrando no leves dificultades, conservan y desarrollan el bien de la indisolubilidad” (FamI. Cons. 20)

¡Dios proteja y bendiga a las familias!

Amén.

G. in D.